

La lectura: del diálogo con el autor al encuentro con los oyentes

**Francisco Galera Noguera
(Universidad de Almería)**

Perspectiva actual de la lectura

Laín Entralgo definió la lectura como silencioso coloquio del lector con el autor. Esta idea del que fuera presidente de la Real Academia Española enlaza con la perspectiva actual de la lectura como proceso interactivo.

La lectura constituye hoy una preocupación para nuestra sociedad, especialmente para los docentes, conscientes de su importancia como herramienta básica para acceder al conocimiento y a la información en general. Por supuesto, no minusvaloramos las aportaciones de los medios audiovisuales y de las nuevas tecnologías que, dada su importancia y auge crecientes, contribuyen a una formación más abierta, rica y cosmopolita del ciudadano del año dos mil. Aunque en nuestros días, y no es un tópico, es fácil comprobar cómo el uso de la lengua, en especial el léxico y la expresión oral, está sufriendo una degradación. Este deterioro es objeto de honda preocupación por parte de los profesionales de la enseñanza y de los organismos e instituciones relacionados con el idioma. Académicos, didactas y profesionales de prestigio han dado la voz de alerta y han advertido de los peligros que este empobrecimiento de la lengua conlleva. No podemos conformarnos con atribuir toda la responsabilidad a los demás, quejándonos de la influencia de los medios de difusión, no siempre ejemplares en el uso de la lengua y recurriendo a la excusa de la falta de tiempo para la lectura por nuestra actual forma de vida, más activa que reflexiva. Ante estos hechos y la ya referida pobreza de los alumnos, debemos actuar, intentando paliar, mejorar y, en lo posible, solucionar estas deficiencias, comenzando por las concernientes a la lectura. Vivimos en la cultura de la palabra, que pierde terreno ante la cultura de la imagen, cuyos retos tecnológicos asumimos, pero no olvidemos que en nuestros días el ruido, las prisas, el pluriempleo y el permanente y absurdo *sin vivir* nos limita la capacidad de dialogar con nosotros mismos. La lectura nos puede ayudar a ese encuentro con nosotros mismos y con los demás a través de los textos.

Pero, antes de analizar el proceso interactivo de la lectura, debemos detenernos en el concepto actual de lectura cuya descripción, apoyados en los textos de Antonio

Mendoza (“El proceso de la recepción lectora” y *Tú, lector*), ofrecemos a continuación. Leer es bastante más que saber reconocer cada una de las palabras que componen el texto: leer es, básicamente, saber comprender, y, sobre todo, saber interpretar. La lectura, pues, no es un acto de descodificación de las combinaciones de letras, palabras o enunciados que presenta el texto, sino un proceso complejo apoyado en expectativas y en inferencias personales sobre el significado que establece el lector en función de su intertexto. Saber leer es saber avanzar a la par que el texto e integrar nuestras aportaciones (saberes, vivencias, sentimientos, experiencias, ...) para establecer inferencias de comprensión y, finalmente, elaborar su interpretación. Leer es interaccionar entre los modelos textuales y los saberes del receptor.

La comprensión lectora ya no puede, pues, ser entendida sólo como una labor de descodificación, traducción o reconocimiento de palabras y frases, como si lo único importante fuera el texto. Se trata más bien de un proceso interactivo entre la acción del sujeto y el contenido del texto. Estos dos polos, texto y lector, son los dos ejes sobre los que rueda el proceso de la lectura. Por eso, para el profesor Mendoza, el interés que suscita actualmente el proceso lector se debe, en primer lugar, a que la lectura se ha entendido como una actividad básica para la construcción de saberes porque integra y reestructura diversidad de conocimientos, a la vez que exige la participación del lector, que es el responsable de la atribución de significados y de la formulación de interpretaciones, además de ser personalmente, quien fija la ordenación cognitiva de las estructuras y referentes textuales. A partir de aquí son muchos los aspectos y los niveles de intervención que se tendrán en cuenta; por ello, se habla de un proceso multinivel: desde los procesos inferiores y perceptivos (ojo-oído), hasta los superiores, integración de significados a través de los procesamientos sintáctico y semántico.

Es, por tanto, la lectura un proceso muy complejo que requiere dedicación y esfuerzo y la comprensión lectora, el gran reto que nos planteamos los docentes. Es positivo para el Área de Lengua y Literatura que donde más claro consenso encontrara la Comisión de Humanidades, tras intensas y a veces apasionadas discusiones, al emitir el dictamen de junio de 1998, fuera en la enseñanza de la Lengua y en la creación de hábitos de lectura.

El proceso lector: interacción y recepción

Para una perfecta comprensión de la lectura como diálogo, debemos detenernos en el análisis de los diversos modelos de la comprensión lectora. No existe consenso en cómo estos niveles se relacionan funcionalmente. Lo que nadie pone en duda es que la comprensión lectora está dirigida simultáneamente por los datos del texto y por el conocimiento preexistente del lector. Es la convergencia entre lo que el texto dice y lo que el lector predice.

El modelo ascendente (*bottom up*) considera la lectura como un proceso secuencial y jerárquico. Este proceso comienza en la grafía y asciende hacia la letra, palabra, frase, texto (proceso ascendente). Lo fundamental aquí es la descodificación. El lector parte de lo más simple, la letra, hasta llegar a lo más complejo, el texto. Así pues, lo que guía al lector en este modelo son los datos. Por tanto, este punto de vista concede especial interés al texto, no al lector. Esta perspectiva ha gozado de importancia tanto en la investigación como en la enseñanza. Pero tiene varios puntos débiles, como, por ejemplo, identificar evaluación e instrucción. En la perspectiva del *bottom-up* la comprensión lectora queda reducida al resultado. No se tiene en cuenta el proceso. Las actividades de enseñanza específicas referidas a la comprensión lectora no se dan, puesto que para que exista un proceso de enseñanza-aprendizaje hay que incidir en el mismo con el fin de guiarlo hacia unos objetivos determinados. Ésta es, a nuestro juicio, la mayor limitación de este modelo desde el punto de vista didáctico.

Para el modelo descendente (*top-down*) el proceso de lectura comienza en el lector, no en el texto. Se postula un procesamiento unidireccional y jerárquico también, pero en sentido descendente. La búsqueda de significación guía las actuaciones del lector durante la lectura. Además, se asume que el procesamiento del texto en los niveles inferiores (sintáctico, de reconocimiento de palabras, de descodificación) se encuentra bajo el control de procesos inferenciales de nivel superior.

Los conocimientos y experiencias del lector priman sobre el texto o mensaje para acceder a la comprensión lectora. Así pues, en este modelo el núcleo de la lectura es la comprensión. Lo importante es el lector. Lo que el lector percibe es la totalidad, que no se reduce a la suma de las partes.

La insuficiencia de estos dos modelos origina un tercero que integra los aspectos positivos de ambos y supera las insuficiencias de los mismos. Es el modelo

interactivo que interpreta la lectura como el proceso mediante el cual se comprende el lenguaje escrito. La comprensión está dirigida simultáneamente por los datos del texto y por el conocimiento previo del lector. El proceso de comprensión es un proceso de emisión y verificación de hipótesis. Tiene que haber un equilibrio entre el texto (autor) y la interpretación del mismo (lector.) Este modelo no se centra exclusivamente ni en el texto ni en el lector, aunque se acerca más al modelo descendente (*top-down*) que al ascendente (*bottom-up*). Se inspira en el modelo cognitivo, al igual que el modelo *top-down*. El tipo de procesamiento es simultáneo o en paralelo y no lineal o serial como en los dos anteriores.

La comprensión es un proceso de construcción de inferencias, caracterizado por la formación y comprobación de hipótesis acerca de lo que trata el texto. De ahí que la mayoría de los modelos hayan utilizado el constructo de esquema de conocimiento como principio explicativo. Comprender consiste en seleccionar esquemas que expliquen el material sobre el que se trabaja y verificar que esos esquemas realmente lo explican. Así pues, para comprender un texto es necesario que el lector posea un esquema que le permita relacionar lo que el lector ya sabe con lo que le aporta el texto.

Entre los representantes de este modelo interactivo está Rumelhart. Para este autor, en la lectura no se da un procesamiento lineal o serial, sino simultáneo o en paralelo. Toda la información (variables textuales: reglas ortográficas, sintácticas, etc.) está relacionada con los bloques constituyentes de la cognición: los esquemas.

En esta perspectiva interactiva se prioriza la aportación del lector en la construcción del significado y se ubica la importancia del texto en el lugar que le corresponde. Para Antonio Mendoza: "Cada texto nos ofrece particulares estímulos textuales y cada uno de nosotros, como lectores, somos los responsables de hacer que el texto cobre vida porque somos los agentes de su actualización. Saber leer es saber interaccionar con el texto, seguir sus indicaciones, observar sus peculiaridades, advertir su intencionalidad y aportar nuestros conocimientos y habilidades para relacionar los aspectos formales y conceptuales que cada obra, cada texto, intenta transmitirnos".

La lectura: del diálogo con el autor a la interacción con el público

Vemos, por tanto, que la lectura es un diálogo entre el texto/autor/mensaje y el lector. Se trata de un diálogo silencioso, un encuentro en la intimidad, de forma

individual y solitaria, en un monte, en la orilla del mar, en la biblioteca o en un rincón de la casa. Este primer diálogo se produce con el libro, presente hoy tanto en soporte electrónico, como en papel normal que ofrece una amigabilidad que no posee, por mucho que se quiera, la fría pantalla del ordenador. Pero, además, si incorporamos un elemento esencial como es el público, se producirá un nuevo diálogo o interacción entre el texto y los oyentes/auditorio/audiencia a través del lector, convertido así en emisor vicario del mensaje de la lectura. Hablamos de lectura expresiva. Y en ambas siempre suponemos la comprensión porque la lectura mecánica, tanto oral (simple emisión de los signos fónico-gráficos) como silenciosa (adquisición de los signos fónico-gráficos, pasar la vista por el texto, descodificar), no es auténtica lectura ya que no es comprensiva. Realmente no existe ya que leer no es sólo descodificar (mecánica), sino comprender e interpretar y si se lee de forma mecánica no se comprende y, por tanto, no se interpreta. La lectura mecánica consistiría en vocalizar un texto sin comprensión ni interpretación. Sería como leer un texto y estar pensando en otra cosa. Con frecuencia la lectura expresiva se ha considerado como un ejercicio de tipo mecánico y se ha confundido con ella, despojándola muchas veces de su principal sentido: la comprensión y transmisión de ideas, sensaciones y emociones. Sin esta comprensión no hay acto lector y sin dicha comprensión no es posible una correcta lectura en voz alta, tal y como la entendemos nosotros. La valoración de los aspectos de pronunciación y entonación no supone desviar la atención de la comprensión del texto que es el objetivo prioritario de la lectura y el condicionante de una realización sentida, vivida e interpretada de la lectura en voz alta. El niño no podrá hacerlo bien si no ha comprendido antes lo que está leyendo ya que sería una mera oralización, pero no lectura comunicativa entre lector y oyente. Igual que en la comunicación oral no es posible el entendimiento entre hablante y oyente sin una descodificación por parte de ambos, aquí ocurre igual, pero el circuito se amplía: el lector interpreta el texto y, a su vez, el oyente descifra el mensaje que de forma oral recibe del lector. Así, pues, un alumno preocupado por oralizar correctamente lo que lee, no puede, al mismo tiempo, estar pendiente de la comprensión de dicho texto. De ahí lo imprescindible que resulta la preparación de todo texto que va a ser objeto de lectura en voz alta.

Toda lectura por naturaleza debe ser comprensiva (se capta el significado del texto) e interpretativa (se juzga, opina, se relaciona con nuestro intertexto). Hay un diálogo. La lectura comprensiva la realizará normalmente de forma silenciosa (texto-

ojos-cerebro) un lector que después podrá hacerla expresiva (emisión-audición, arte de leer en voz alta). Para los oyentes esta lectura expresiva puede ser directamente comprensiva si antes no han realizado una lectura silenciosa. La lectura comprensiva silenciosa, la forma prevaleciente de la lectura y la más eficaz a la hora de comprender un texto, consiste en el acto de leer un texto a través del movimiento de los ojos y realizando al mismo tiempo una debida comprensión del mismo, es decir, captar de modo directo el sentido del texto impreso que leen los ojos.

En la lectura expresiva la agilidad (los movimientos oculares) está condicionada a la rapidez en la pronunciación de lo leído. De ahí su relación con la comunicación oral. Sin embargo, en la lectura silenciosa se avanza tan rápido como lo permita la captación del significado.

En la escuela se confunde lectura en voz alta u oral, en la que un alumno lee un fragmento, mientras el resto sigue la lectura en su libro y si comete algún error de oralización el maestro lo corrige, con lectura expresiva que yo denominaría comunicativa o vivencial porque es como una experiencia vital que se transmite. La lectura expresiva es creativa, artística (persuade y conmueve a través de la entonación), estética (se intenta disfrutar de una obra y existe un aprecio por los valores emocionales y literarios), cercana a la dramatización, al lector-actor y a la comunicación oral. El lector es un comunicador, siente lo que lee, sintoniza con el auditorio, no de memoria. Decía Pellison: “Abrid una colección: leed un cuento, no con los ojos, sino en voz alta; como si hubiéramos dado la nota, toma el tono, el acento, el paso del narrador. El texto que contáis no es un texto fijo y muerto, sino que lleva consigo el movimiento y el sonido de la palabra viva”. Para Gili Gaya la lectura expresiva “no es otra cosa que el juego musical de los acentos, la entonación y las pausas, según normas de cada comunidad parlante, a fin de que la enunciación, la pregunta, el mandato, la duda, las emociones todas, sean entendidas como tales”. Y Antonio Machado, hablando del modo de leer de Juan de Mairena, comentaba: “Ponía los acentos de la emoción donde suponía él que los había puesto el poeta”. En la lectura expresiva, el lector establece un doble diálogo: con el texto y con el auditorio que ha manifestado su deseo de escuchar el mensaje de un texto a través del lector que previamente ha captado el sentido del texto para transmitirlo a los oyentes que si tuvieran el texto ante sus ojos, significaría menospreciar su capacidad de lectura y perturbar tanto su lectura visual como la audición de la lectura oral puesto que las dos lecturas no pueden desarrollarse a la

misma velocidad. Constituye, por tanto, una obviedad que el texto deberá dejarse a un lado durante la audición y permanecer exclusivamente en las manos del lector

La lectura en voz alta sólo puede ser secundaria, es decir, sólo puede existir si ha habido una lectura previa efectiva. Para poder leer en voz alta es necesario haber leído, haber comprendido, haber tomado conciencia de lo que se ha comprendido y apropiarse de esa comprensión en su calidad de objeto exterior susceptible de ser transmitido. A través de la lectura expresiva se produce la íntima comunión con el libro. Por medio de la voz el lector recrea lo que lee. Es una pena que nos olvidemos de este tipo de lectura. Ana Pelegrín se lamenta de ello: “No sólo el arte de contar es un oficio olvidado; hemos perdido el arte de leer. Nos referimos a la lectura (no a las técnicas y prácticas del aprendizaje lector) como cadencia, ritmo, entonación, expresión de un lector que quiere contar, cantar, encantar a un grupo expectante”.

Vemos que la lectura expresiva, aunque no es comunicación oral en cuanto tal, en sentido estricto, ya que el emisor no aporta nada personal ni espontáneo, ni el receptor responde de nuevo como en el circuito de la comunicación, es una actividad lingüística que posee muchas de las características de la comunicación oral ya que este tipo de lector utiliza una serie de recursos prosódicos o paralingüísticos (no verbales) semejantes al emisor del circuito de la comunicación humana. Tiene delante de sí al receptor y, aunque éste asuma una actitud sin respuesta verbal, su atención será el índice o parámetro del grado de conexión al mensaje emitido, es decir, asentimiento o rechazo al mensaje o ideas transmitidas. El lector tiene que pensar y reproducir el texto oralmente como si fuera un hablante: entonación de la voz, presencia de pausas, mayor o menor rapidez, ... Leer en voz alta se convierte, pues, en un magnífico ejercicio que ayuda al desarrollo y mejora de la comunicación oral. Creemos que potenciar la lectura expresiva es una buena propuesta para la mejora de la capacidad de expresarse oralmente y de escuchar. Por tanto, en la lectura expresiva se produce un diálogo entre el lector, el autor y el receptor, mientras que en la silenciosa se produce entre texto y lector.

El papel de los padres y profesores como referentes del diálogo lector

Luis García Montero, profesor y escritor, al recordar la biblioteca que tenía su padre, afirma: “Coleccionaba las Obras Completas de los autores clásicos,

encuadrados en piel, de la Editorial Aguilar, y solía leernos algunos fragmentos, poemas, páginas de novela. La lectura en voz alta de los padres y los profesores me parece fundamental. En la facultad, a veces me pongo a leer a los alumnos, porque no creo que se pueda ser un buen profesor de literatura si no se sabe leer bien en voz alta”.

En todas las habilidades lingüísticas, pero especialmente en la lectura expresiva y en la comunicación oral, los alumnos necesitan modelos no para su imitación de modo mecánico e inconsciente, sino para que les sirvan de guía en el proceso de su aprendizaje. A veces pretendemos que ellos, solos, tal vez esperándolo todo del milagro de la ciencia infusa, mejoren sus habilidades comunicativas. Es conveniente, a mi juicio, que el profesor lea en voz alta a sus alumnos y se convierta en el modelo que abre caminos. Un maestro o profesor que esté enamorado de la lectura en voz alta, la prepare, la viva y comunique su experiencia a los alumnos, provocará en ellos el interés y constituirá una motivación ya que se contagiarán y se impregnarán de esta vivencia que se transmite así mejor que con explicaciones teóricas, discursos y consejos. Por esta razón es fundamental que ellos lean en voz alta a los niños y jóvenes historias sencillas, poniendo el máximo entusiasmo en esa lectura con la atención y participación de todos. Difícil será transferirles el gusto por esta forma de lectura si no lo posee el profesorado.

Los padres también pueden ser un referente o modelo ya que ellos ejercen un influjo importante en el punto de vista de sus niños sobre el lenguaje y sobre la lectura en particular. Los padres que leen y valoran los libros, los leen a sus niños y los llevan a la biblioteca pueden transferirles de modo efectivo afición e interés por la lectura porque el hábito lector se contagia. Esta lectura provocará el posterior diálogo padres-hijos.

De nuevo, vienen a cuento los consejos de Luis García Montero a los niños en su obra *Lecciones de poesía para niños inquietos*: “Llama a tus padres, siéntalos en la cama de tu cuarto. Si te oyen leer los poemas, podrás preguntarles todo lo que no comprendas. Las palabras de los poemas suelen hacernos muchas preguntas y tus padres te ayudarán a responderlas... Si tus padres están muy ocupados y no tienen tiempo para leer contigo los poemas, no te preocupes porque hay soluciones. Coge tus muñecos, tus soldados, tus caballos de plástico, las figuras de madera que encuentres por la calle, las fotografías que más te gusten, la hucha con cuerpo de cerdito, y forma con todos ellos un gran teatro. Invítalos a ser tu público, el respetable público que oírás los poemas. Lo importante es que leas en voz alta y atiendas a las imágenes, a las preguntas, a los

secretos que hay en las palabras. Puedes también grabarte en un magnetófono y convertirte luego en público, oyendo lo que has leído... El magnetófono o el radiocassette que tienes en tu cuarto consiguen congelar las palabras, son como una nevera de nombres, preposiciones, verbos y adjetivos. Para que no se pudran en el viento, las guardan hasta que tú quieras escucharlas. Así que puedes leer en voz alta, sentarte entre tus muñecos y convertirte en público”.

FRASES QUE PUEDEN DESTACARSE FUERA DEL TEXTO

"Leer es, básicamente, saber comprender, y, sobre todo, saber interpretar"
(Antonio Mendoza).

"En la perspectiva interactiva se prioriza la aportación del lector en la construcción del significado y se ubica la importancia del texto en el lugar que le corresponde". (Si queda espacio después de las otras frases).

"La lectura es un diálogo silencioso, un encuentro en la intimidad, pero si incorporamos otro elemento esencial como es el público, se producirá un nuevo diálogo entre el texto y los oyentes a través del lector".

"En la escuela se confunde lectura en voz alta (un alumno lee un fragmento mientras los demás miran su libro) y expresiva, comunicativa o vivencial porque es una experiencia vital que se transmite".

"En la lectura expresiva y en la comunicación oral, como en las demás habilidades lingüísticas, necesitamos modelos no para su imitación de modo mecánico, sino para que nos sirvan de guía en el proceso de su aprendizaje".